



LOS ÚLTIMOS DÍAS

RAZÓN Y PRÁCTICA DE LOS CUIDADOS
PALIATIVOS

MANUEL SERRANO MARTÍNEZ

MANUEL SERRANO MARTÍNEZ

LOS ÚLTIMOS DÍAS

RAZÓN Y PRÁCTICA DE LOS CUIDADOS PALIATIVOS

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Manuel Serrano Martínez
© Digital Reasons, 2019
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco. Imagen Andrew Poyton
Pixabay
Diseño de interior: Enrique Chuvieco.

ISBN: 978-84-120888-0-9
Depósito Legal: M-33875-2019

Ficha bibliográfica: Serrano Martínez, Manuel, (2019): *Los últimos días. Razón y práctica de los cuidados paliativos*, Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicepe. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

1. Introducción.....	5
2. La vida	11
3. El hombre	27
3.1 Sobre la dignidad	29
3.2 Sobre la libertad	38
4. La experiencia del mal	47
4.1 Sobre el dolor.....	50
4.2 Sobre el sufrimiento	58
5. Conceptos de bioética, suicidio asistido y eutanasia.	65
5.1 Conceptos de bioética	70
5.2 Suicidio asistido	77
5.3 Eutanasia. Ética y Derecho	82
6. Cuidados en la enfermedad avanzada	97
6.1 Cuidados en la vejez.....	101
6.2 Cuidados en la enfermedad terminal.....	114
7. Afrontar la muerte	125
8. Bibliografía	139

1. INTRODUCCIÓN

La existencia de cada persona es como un sendero figurado cuya base es el tiempo, en el que el pavimento, que son las circunstancias vitales, sufre irregularidades, tanto más frecuentes y abruptas cuanto más camino se haya avanzado. Ese pavimento irregular representa los altibajos de placer y sufrimiento con el que se desliza y tropieza la vida de cada cual. Todos son parte de la existencia, elementos propios de ella. Y llega paulatinamente un momento en el que se intuye el final, se espera no muy lejana la muerte, aunque sólo como un futurible indeseable.

En la juventud y en la edad adulta se sabe que existe algo que acaba con la existencia terrena de las personas que conocemos y que queremos, pero esto no nos hace mella durante muchos años, porque se ve como algo ajeno. Más adelante en la vida, cuando empiezan a ser frecuentes las pérdidas de seres muy próximos, es más probable que aparezca reiteradamente en el pensamiento la muerte, la muerte propia. Y sabemos que ese hecho futuro es inevitable. Sin embargo, lo más probable es que no nos preocupe tanto el hecho de que vamos a morir en un momento determinado, sino el hecho de cómo se aproximará el final en nuestra vida. Si lo hará abrupta-

mente, si será en medio de sufrimiento, qué angustia me despertará, qué rechazo, si aceptaré el final o me rebelaré. Lo que preocupa en verdad es la forma en que la muerte se aproximará; si la veré venir y si *mantendré el tipo* ante ella.

La «herramienta» imprescindible para tener una perspectiva del futuro y no sucumbir ante la incertidumbre es la *esperanza*. La esperanza es la confianza profunda de que no me arrollará el mal, que el deseo que tengo de felicidad es inextirpable de mí, y que será un día, de algún modo, alcanzado. Y solo desde esta perspectiva la vida tiene un sentido, al menos un *cierto* sentido accesible a todos.

El afrontamiento del propio sufrimiento físico y psíquico ante la evidencia de su inevitabilidad no es abordable fácilmente por el hombre corriente. Es verdad que hay personas extraordinarias, cuya esperanza sobrepasa lo inimaginable por el común de sus semejantes, que mantienen su seguridad en medio las mayores dificultades e incluso del martirio. Pero, es evidente, no es esto lo frecuente, ni siquiera deberíamos ocuparnos de ello.

Lo que nos incumbe como sociedad, porque todos hemos sido creados iguales, es ocuparnos de aliviar a los que sufren, como lo desearíamos para nosotros mismos. El sufrimiento, el dolor, la angustia ante la enfermedad son sentimientos que pueden sumir a la persona en un estado en el que se pierde todas las seguridades que en el curso de la vida se habían construido. Esa ayuda que se necesita al final debe ser tan cercana y llena de empatía y humanidad que alivie y neutralice en lo posible la soledad que se siente ante la perspectiva de la muerte.

La vida tiene toda la potencialidad para tener sentido hasta el final, porque hay dos características del ser humano que están impresas en el hecho humano. No ha-

blo de la humanidad en su conjunto, aunque contenga aquello que hace especial a cada persona. Me refiero a *un hombre concreto*. Cuando pensamos en el sufrir y en el dolor lo hacemos siempre individualmente y cuando hablamos de la esperanza también. Las dos características irrenunciables que, por tenerlas todos los hombres, no puede existir el derecho a soslayarlas, son la *libertad* y la *dignidad*. En esos pilares de cada persona, comunes a toda la humanidad, reside la igualdad y, por consiguiente, integran como una sola cosa lo que debemos respetar los unos de los otros. Se podría argüir que una persona con déficit cognitivo o en estado de inconsciencia ha perdido todo o parte de esas características que le hacen humano, pero debe considerarse que esas propiedades pertenecen al propio hombre y no pueden extinguirse, solo pueden reducirse en su *expresividad*, pero no en su entidad ontológica.

Con esas premisas deben afrontarse los cuidados sociales y médicos —sanitarios en su conjunto—, porque debe considerarse, ahora sí, el derecho individual, personal y objetivo a recibir los cuidados apropiados que alivien el estado de sufrimiento, lo cual es necesariamente justo, es decir, dirigido a la igualdad de los individuos.

Cuando llegamos a afrontar, desde la política social y desde la medicina, estos problemas, sabemos que estamos trabajando para que los últimos días de un semejante estén arropados por todas las medidas de alivio de las que se dispongan. Pero, y aquí reside lo más importante, estas medidas no pueden *limitarse* a los últimos días, las medidas deben ser, en su término más adecuado, previstas —porque podemos, a partir de nuestra experiencia, anticiparnos a lo que pasará—, y orientadas a que, en los últimos días, no nos veamos, ante el paciente, incapaces de resolver lo que debería haberse hecho antes. Prevenir los efectos

debilitadores y lesivos sobre la piel del encamamiento prolongado, la desesperanza que acompaña a una apatía final con la que se desea acabar cuando antes, el aislamiento y la soledad, la desnutrición, etc. No hay duda de que no seremos capaces de minimizar estas complicaciones en todos los casos, pero sí de retrasarlas, reducir los síntomas físicos y la angustia con los cuidados apropiados, si estos se abordan con tiempo. Hay actualmente tratamientos apropiados a cada una de las circunstancias que infringen sufrimiento. La técnica médica y farmacéutica nos ofrece un apoyo que hay que saber, y querer, utilizar.

Es necesario, ahora más que nunca, defender la perspectiva de una muerte digna. Sin embargo, no se piense en la dignidad de la muerte solo como consecuencia de aquel final que se infringe a una persona cuya enfermedad no tiene ya curación. La dignidad sólo tiene sentido ante los demás, es la presencia insustituible de cada hombre y de cada mujer en la sociedad y en el mundo. La eliminación intencionada de una vida sufriente es precisamente contraria a la dignidad del paciente incurable. Es quitársela, de hecho. Afrontaré en este libro los pormenores de mi pensamiento en torno a esta reclamación social. La vida tiene un sustento que no es susceptible de intervención externa por otras personas.

La ética —bioética, que es lo mismo— está originalmente basada en lo moral del hombre y sustenta el derecho natural. Pero la ética puede ser manipulable, y el derecho original —*ius*—, como consecuencia, ha sido sustituido por un derecho subjetivo, como corriente social que tiene ya tres siglos de antigüedad. La ley se orquesta alrededor del derecho y las ideas procuran adaptar la ética al gusto de todos.

En mi opinión, la fragmentación del pensamiento postmoderno hace tambalear el valor de la vida inclu-

yéndola en lo dominante utilitario, con cuya actual predominancia social, el valor de los pilares que dan sentido a la vida humana pierde esa solidez, que, por otra parte, son imprescindibles para explicar lo que la hace absolutamente única en la naturaleza creada y merecedora de un respeto que por la razón puede entenderse y por la voluntad practicarse ante todo obstáculo.

Para poder argumentar en los diálogos que establecemos en relación con la actitud y el respeto ante la vida es preciso tener una conciencia clara de qué es lo que está en juego. El ser humano tiene implícitas una serie de improntas que le hacen ser único entre todos los seres que poseen la vida. La sociedad de hombres libres que se reconocen como tales ante los demás y reconocen en los demás la misma entidad debe tener un comportamiento acorde con este reconocimiento. Pero nadie vigila que sea así. Solamente el propio hombre puede conocer las reglas naturales que señalan lo que es correcto entre personas. Por eso me ha parecido necesario, antes de llegar a tratar propiamente de los cuidados paliativos, poner unos pilares de pensamiento que establezcan con claridad lo que el hombre se juega ante los últimos días de una vida: la vida, las propiedades de la vida humana y la experiencia del mal.

En resumen, este libro está dirigido a volver la vista hacia lo que explica la existencia exclusivamente humana, y desde ahí contemplar el pensamiento actual y ofrecer elementos capaces de favorecer la reconsideración de las actitudes que emanan de él.

2. LA VIDA

La vida es una manifestación de la naturaleza que se caracteriza exclusivamente por su dinamismo intrínseco, y ese dinamismo se refleja en una estructura funcional del ser que posee vida. La vida aparece en el planeta Tierra por de pronto sin que la naturaleza pueda dar razón de su origen. La naturaleza soporta la vida, pero no es su causa. Si paramos un instante y tratamos de profundizar en lo que es la vida, como la originalidad del ser viviente que le separa de todo lo inerte, probablemente sintamos el efecto de una enigmática sorpresa, la incapacidad de hacernos con su esencia, un profundo asombro. Hacemos con la vida una rutina en el trato de lo viviente. Cada uno de nosotros, necesita estar vivo para pensar, disfrutar de esa estructura funcionante para sentirse *algo* en la naturaleza que corresponda consigo mismo. Por eso la vida se considera vanamente un *a priori* que no tiene una entidad por sí misma. Está implícita en la nebulosa de la existencia en la que no nos solemos parar a pensar para comprenderla.

Se considera a la vida únicamente como el soporte de la relación con el entorno o como la base de cualquier trabajo que interaccione con la energía. Y, siendo esto verdad, la vida es mucho más. La vida es un *don* que se

recibe, es un regalo inmanente, es algo que se encuentra en la naturaleza como el culmen de la estructura de lo material, por encima de lo cual no puede hallarse cosa alguna. Desde la ameba y el vegetal microscópico hasta el ser humano la vida está soportada por lo mismo. La vida es idéntica en todo ser que la posee. Pero ¿qué es poseer vida? Es tener una actividad propia dependiente del entorno. No hay autonomía absoluta en la vida. Ningún ser puede mantenerse vivo aisladamente. Estar vivo significa formar parte integrante de la naturaleza, de la cual se depende, y ésta, como un todo, descansa en cada ser vivo. La naturaleza se inserta en lo inerte, en la tierra como conjunto de compuestos químicos procedentes de la unión de partículas elementales, o *fermiones*, y de la energía primordial de la creación.

La vida asienta y nace de lo inanimado. ¿Cómo es esto posible? Cierta unión de átomos, aislados e inertes, dio lugar a unas pocas moléculas cuya estructura, función y complementariedad produjo que fueran capaces de duplicarse a sí mismas, creando con ello su autopropagación. Es decir, dichas moléculas, cuyo raíz reside en el DNA (es decir, en los genes), se comportaron y se comportan indefinidamente como si tuvieran una intención dinámica y un destino indeterminado en el tiempo mediante la generación de moléculas idénticas. Cuando se trata de la vida, la unidad básica es la célula, y las características de la célula, su forma, su estructura, su funcionalidad y su dinamismo vienen marcados por la información que reside en su DNA, que además contiene encriptado el método por el cual dicha célula obtiene la energía para mantenerse dinámica. De lo inerte nace la vida. ¿Es esto acaso plausible físicamente? Para que algo obtenga una potencialidad que no contiene inicialmente es necesario una intervención externa. Para que de una unión atómi-

ca nazca una molécula capaz de multiplicarse, es preciso que se le confiera dicha capacidad. De la materia inerte sólo puede proceder materia inerte, como el basalto de la lava volcánica, y esta de minerales sometidos a una elevadísima temperatura que procede del núcleo terráqueo. Salvo que ocurra algo excepcional que no depende de lo inerte. Eso excepcional es algo que se recibe como una donación externa. Algo misterioso, inextricable hasta ahora en su materialidad, sucedió para que la vida apareciera en nuestro planeta.

Como todos los sucesos, la vida puede ser un producto del azar o su aparición puede estar dirigida por una inteligencia. *Tertium non datur*. La probabilidad de que haya aparecido por casualidad es absolutamente incalculable, tantos son los factores que pueden influir en la composición espontánea de una molécula capaz de codificar todos los caracteres de un ser vivo y de automultiplicarse a sí misma. Si además consideramos los cambios espontáneos —mutaciones— que han de darse para configurar el espectro de la vida actual en nuestro planeta, armónica y ecológicamente relacionada, sencillamente es difícil que racionalmente afirmemos desde cualquier punto de vista la aparición casual de la vida en la Tierra. Desde los tiempos más primitivos, los hombres han intuido la dependencia de la naturaleza de una autoridad suprema. Un principio rector de la formación de todo lo visible. Una causa existente previamente, que, desde siempre, el hombre ha considerado el Ser divino. Entendiendo por divino lo que excede a cualquier limitación de las que la naturaleza experimenta por sí y lo que trasciende a cualquier existencia. Si tenemos en cuenta la creación por entero, y la imposibilidad metafísica de que la naturaleza se conceda a sí misma la existencia, podremos, al menos, admitir como posible la necesidad de una inteligencia

rectora desde la creación primigenia de la materia.

La consideración de estos puntos, quizá un poco áridos, me parecen el punto de partida imprescindible para llegar a la consideración de la vida como un producto de una naturaleza *guiada*, cuya máxima expresión es la vida humana. El hombre es superior a cualquier otro ser natural porque posee la capacidad de auto-entenderse. La conciencia de sí, y la conciencia del cosmos, requiere la adquisición final de una última capacidad de la vida, que es exclusiva de la especie humana: la razón. La razón es una habilidad, que, al igual de la vida, no puede proceder de la materia pura sin un principio director capaz de donarla. Podríamos volver al razonamiento anterior: o el azar o la donación. Son estos puntos esenciales para la comprensión de la vida del hombre, adornada con el intelecto y con la capacidad de elegir y actuar. Y también para entender —es este el propósito de las consideraciones que plasmaré aquí— la orientación de su vida material e intelectual en los últimos días de su vida. Es decir, cómo el hombre considera su existencia en un resumen final que le capacita, en distinta medida a cada uno, para afrontar el dolor, el sufrimiento, la incertidumbre y la proyección vital. La capacidad adquirida de comprender y de elegir, basada en el uso libre de la razón recibida, es la luz de lo humano.

La vida es vivida por el hombre. ¿Cuál es el valor que tiene la vida como historia? La pregunta a la que el hombre debe responder, y así se lo propone a lo largo del tiempo, es si la vida merece la pena ser vivida. No sólo esto, sino la máxima incertidumbre se plantea con la pregunta del Talmud hebraico de si Dios ha hecho bien creando al hombre. En efecto, la vida del hombre en sí misma —como vida natural— tiene el mismo valor que la vida de un gusano de tierra o la de un águila

imperial. Pero el hombre es mucho más, se distancia por su *dignidad y libertad*, formando un reino natural propio que culmina la naturaleza. La vida humana sólo se puede valorar en cuanto al peso específico del valor de aquello que la sostiene, y esto es elección de la libertad de cada uno. Puede basarse en el disfrute de todo lo natural o en el disfrute del poder. Puede estar sostenida por lo que el hombre se considera ser o por lo que el hombre piensa que tiene. La vida humana está sostenida por lo que cada uno afirma como su pilar básico. Pero no se puede vivir sin la esperanza que es el producto final del entendimiento que se proyecta al futuro. En la desesperanza la vida no merece la pena ser vivida, no se sostiene nada si el mañana está agotado antes de ser vivido. Muchos han opinado sobre esto, pero, claro está, toda opinión depende de los juicios previos de valor que se hayan enunciado. En algo todo estamos de acuerdo: vivir no es fácil, exige una vigilancia de las formas que tenemos de ver el mundo que nos trasportan hacia un mañana esperanzador, o desesperanzador.

Como decíamos, podemos establecer, un poco artificialmente, una división en dos motivos que el hombre utiliza para vivir. La vida del hombre que quiere fundamentalmente afirmarse en su ser y la vida del hombre que principalmente quiere tener y poseer. La división de las dos formas establece una clara distinción entre dos tipos de humanidad: aquella que basa su vida en su valor intrínseco y la que la basa en su valor extrínseco. Evidentemente, muy pocas personas se adaptan absolutamente a uno de los dos grupos, pero trataré de explicar lo que caracteriza a cada uno de ellos. El hombre que desea «ser» indaga en lo profundo, en el valor de la contemplación de sí mismo y en el aprendizaje que le brindan las experiencias que va haciendo a lo largo de su vida. Aquél

que desea «tener» vive volcado hacia el exterior, hacia lo que las cosas son por fuera, y del valor aparente que estas tienen para dotarle de un sostén en la existencia. Estos modos crean además una metodología para la existencia corriente que se prolonga hasta el final de la vida.

Lo que verdaderamente interesa de esta exposición dicotómica es que tratemos de indagar en lo que cada persona basa su existencia, aquello que lleva consigo hacia sus últimos días, que es lo que le mantendrá firme —o inseguro— en el modo en que afrontará el incierto final. Tengo para mí que todos los seres humanos desean tener fortaleza vital, pero están a merced de su capacidad de contemplación de la verdad y estar anclados en lo consistente. Lo consistente es lo real, aceptado como tal realidad que se relaciona con uno mismo y que huye de las apariencias que son el disfraz de lo real. En la realidad se sustentan las experiencias que hacen pensar al hombre y que constantemente le enseñan a vivir. La realidad puede herir y, vanamente, el hombre quisiera dominar la realidad y cambiarla. También la realidad puede aportar satisfacciones vitales y traer al pensamiento que esa satisfacción recibida en un momento determinado es merecida utilitariamente, y así perder la experiencia contemplativa hacia un perfeccionamiento personal. Pero quizá lo más grave en los tiempos actuales es la falta de atención a la realidad, que la vida pase sin verla, matar el tiempo, la diversión como modo de escape, la falta de intimidad y la mirada vacía ante una realidad que no cesa de aportarnos datos. Lo resume gráficamente T. S. Eliot cuando dice que se puede «perder la vida viviendo».

En mi opinión no pueden ser buenas a la vez ambas actitudes primordiales, o la primera es adecuada y la segunda no, o al revés. No quiere decirse que la vida no pueda tener una sana mezcla de ambas, pero lo importante es

el principio rector, como opción fundamental, que realmente construya al hombre. Lo más propio del hombre es la consideración de lo que las cosas son en su verdad más profunda. No puede ser que todo sea en parte bueno y en parte malo. La contemplación de la belleza que arrebató el espíritu en nuestra experiencia común no puede tener mal oculto, porque una vez que se ha experimentado no se puede olvidar el deseo de volverla a disfrutar. Pues lo mismo pasa con el modo de vivir, aquello que llena de verdad al ser humano, lo que le colma de bien, no puede contener nada negativo, no nos apartamos de ello y a ello volvemos continuamente. La mera apariencia en sí misma es fugaz, no tiene continuidad, no produce adhesión, no representa a lo real, tampoco a la naturaleza humana, tiende a olvidarse y no se echa de menos una vez pasada; sólo consigue embrollar la conciencia de la búsqueda. Dice Pascal (*Penseés*, 1670), que la apariencia

... consiste en esta ambigua ambigüedad, y en una cierta oscuridad dudosa, cuya claridad no puede disipar completamente nuestras dudas, y cuyas tinieblas todas no pueden expulsar nuestras luces naturales.

Quiere esto decir que ese juego tan humano de buscar consuelo vital en lo que le satisface superficialmente, como la distracción, la disipación, el placer, la diversión y el espectáculo, sin poder ser etiquetados de impropios, no son aquellas cosas que se identifican con la luminosidad que requiere y desprende la solidez, la espesura y el peso específico de la verdadera razón de vivir.

La realidad es lo que me explica a mí y a mi vida, yo no puedo explicar el poder de lo real, en el cual encuentro el último apoyo para vivir y que al mismo tiempo funda mi ser y me impele a vivir, podríamos decir parafraseando a Zubiri (*El hombre y Dios*. 1984).

La vida es lo que el hombre hace con las circunstancias que le tocan en suerte, como enunció Ortega. Por lo tanto, la vida es histórica y radica en el tiempo como herramienta principal, más que en el espacio. La razón de vida es un artificio humano. Cada uno tiene una guía fundamental, que elige entre todas las formas de organizar su vida, lo que le conduce a hacer de su vida una obra personal, con su propia libertad. La existencia, más allá de la propia biología, para el ser humano es una obra personal. La biología y la razón para las personas son los ingredientes de partida, y las circunstancias son como los accidentes sensibles de un objeto, junto con los cuales se compone lo que llamamos vida, como la sustancia y la forma de una cosa, y con ello formamos nuestras convicciones, nuestras certezas durante la vida y son las que llevamos impresas y nos sirven para afrontar el sufrimiento, el dolor y la perspectiva de la muerte.

La vida es progreso, y nada más, sugería también Ortega. Desde que nacemos se van entrelazando circunstancias que brotan de la realidad personal. Inicialmente encontramos el afecto, la aceptación, el cuidado que nos prestan como seres absolutamente necesitados de atención para todo. El ser humano no es solo contingente en cuanto le ha sido concedida una existencia que no ha buscado, sino que también es contingente en el sentido de precisar absolutamente todo para sobrevivir desde el nacimiento. Tanto el afecto como las primeras indicaciones para evitar los peligros, para aceptar las relaciones con los demás y para saber manejarlas adecuadamente, son aprendizajes que el humano no puede darse a sí mismo y que, ya desde el principio de los primeros años, son la clave de sus elecciones aún poco conscientes. Más adelante será capaz de mostrarse al mundo como un individuo específico, y allí plasmará lo que el poder de lo real le

ha inculcado como un sello de las experiencias asimiladas. La realidad para él será, sin darse cuenta, como una escalera por la que progresará durante toda la vida en función de lo que haya aprendido en los primeros años y lo que su entorno más inmediato le haya enseñado como valores clave que configurarán su opción fundamental de vida. Pero más adelante, su razón le indicará la conveniencia o no de ir enriqueciendo lo aprendido. Su entorno secundario será la siguiente enseñanza, que será tamizada por el primero. Y así, en contacto con las circunstancias, o acontecimientos no buscados, los que se muestran a través de la realidad vivida, el hombre irá configurando sus elecciones libres. Todas las circunstancias determinan una precisa actitud y conducta que es libre, pero nada la condiciona. Es decir, la elección es siempre posible, bien para considerar el entorno en relación con una actitud contemplativa de lo que corresponde con la búsqueda de la verdad, o bien predominará aquello que responde más bien a un uso y disfrute de lo que se presenta delante: lo utilitario.

No se puede negar, si cada uno indaga honradamente en el fondo de su corazón, que hay un deseo inmanente. Hay un *algo* que es lo que se busca como clave de la felicidad. El ser humano, todo hombre, está en el mundo para ser feliz, y esa felicidad responde a ese algo deseado. Cuando elegimos lo hacemos para ser más felices. Cuando las circunstancias nos introducen en el laberinto de la obligación de elegir, nos guía la pretensión de felicidad. El deseo inmanente es «eso misterioso» que anida en el corazón de cada uno, finalidad de su vida.

Guiado por el deseo el ser humano hace su vida. Pero no es tan fácil. Ojalá lo fuera. Lo frecuente es que las personas se orienten hacia lo inmediato en su elección. Esto interrumpe la íntima vía hacia la verdad en muchas

ocasiones e introduce en la amargura de la infelicidad. Es un sentimiento último de que la vida es imposible y el deseo llega a vía muerta. Y ocurre entonces la nostalgia del corazón que no cesa de buscar lo que le corresponde, algún *enamoramiento* que absorba el propio vivir y lo conduzca hacia la plenitud de ese misterio que llena la vida.

El hombre crece como ser humano a lo largo de su vida. Al menos es eso lo que todos desean y buscan. Hay una exigencia de respuestas a las preguntas esenciales de la vida, comunes a todos sobre el principio, la conveniencia y la razón de la vida, con cuya necesidad se llega a los últimos días. Por eso no podemos quedarnos en una definición de vida que sólo traduzca el dinamismo biológico. Las personas exigimos una explicación que conteste satisfactoriamente a los porqués que siempre están presentes en el trasfondo del deseo misterioso. El crecimiento hacia el cenit de la vida exige respuestas a las que corresponder con el modo propio de estar en relación con la realidad.

Muchas de las cosas que le pasan a la persona estimulan su emoción, y en las emociones radica gran parte de la motivación que impulsa a vivir con una determinada orientación. Los sentimientos como fenómeno psíquico reflejan el impacto que la realidad tiene en cada uno. Y vemos por experiencia que los mismos hechos despiertan en personas distintas sentimientos diversos, e incluso opuestos. Las emociones son manifestaciones somáticas externas que proceden de cambios fisiológicos producidos por los sentimientos: enrojecimiento de la piel, lagrimeo, erizamiento del vello, sensación de mareo e incluso síncope, risa, llanto, etc. La emoción es posterior al sentimiento, requiere la instantánea comparación y enfrentamiento de lo que se desea con lo que nos ocurre. Entonces el ser humano muestra en su cuerpo como

emoción aquello que siente intensamente. El hombre comparte con el animal ciertos sentimientos desnudos de emoción, como aquellos referidos al cuerpo, como el dolor o el placer, o los referidos a la intensidad de lo vital, como la atracción sexual, el rechazo expresado por el miedo o la exaltación de la fuerza. Pero otros sentimientos son *exclusivos* de la persona como la alegría, el optimismo, la melancolía, que tienen un innegable componente psíquico y emocional, así como aquellos otros que podríamos calificar de espirituales, o psicológicos profundos, que son la muestra exterior de un modo habitual de vivir, tales como beatitud, amargura, quietud o paz. La felicidad no es un estado habitual, o transitorio, dependiente de los sentimientos exteriores, los vitales o los corporales, sino que requiere —quizá tengamos experiencia de ello—, la dependencia de los más profundos, específicos del hombre. Cuando el desconcierto o la superficialidad invaden una vida, la única fuente de satisfacción —que no felicidad—, posible para el hombre es la obtención de placer. Algunos confunden por ello el placer con el amor, o el odio con el dolor y la experiencia del mal, como Spinoza, cuya *Ética* (1677) está invadida por lo sensible y no por la consideración seria de la experiencia humana. La felicidad está en contacto con la referencia al propósito de vida, a la opción fundamental en la que la persona apoya la orientación de su vida toda, a los sentimientos más hondos del hombre.

Cuando el hombre experimenta la fragilidad física o psíquica y enferma, sobreviene, en general, un sentimiento de inquietud e incertidumbre que remueve su interior. El riesgo de estas situaciones es la pérdida de la seguridad personal que se había fraguado en los momentos de salud. Siempre es más difícil mantenerse en la seguridad de la propia historia vital cuando invade la incertidumbre de

la enfermedad, porque las circunstancias adversas imponen un pensamiento de rechazo o de penosa aceptación de lo que se considera malo para uno mismo; no solo en la fragilidad que acompaña a la pérdida de la salud, sino también siempre que ocurren desgracias.

La vida se enriquece con las experiencias, siendo éstas de cualquier tipo, que están conducidas por vivencias agradables, pero también por otras desagradables. E igualmente se puede mantener plana, sin progreso aparente, o sufrir retrocesos tras lo que aportan las cosas positivas o negativas. En efecto, nada es intrínsecamente malo en su objetividad, lo que nos pone en contra de la realidad es nuestro psiquismo, que se niega a aceptar a veces aquello que tenemos delante como algo obvio. Pero el hombre es extremadamente flexible, y tiene capacidad para sacar bien del aparente mal y de construirse interiormente con los sucesos negativos. También de lo contrario, es decir, de retroceder en su camino de construcción de sí mismo al experimentar la pérdida del bien, e incluso de incurrir en la apatía o pasividad de una ataraxia estoica. Todo depende de nuestra libertad para examinar con la razón los aspectos más negativos de la experiencia. Nunca llegamos a conocer en el presente las «aparentes razones del mal». El camino hacia el futuro es el que pretende hacer de nuestra historia algo consistente y lleno de sentido. Como he dicho en otro sitio (*El hombre ante la vejez*. 2018): «Sólo en el presente vive el hombre, sólo en el presente puede tener memoria y esperanza, y en la memoria reside el momento en que el hombre alcanza el culmen de su madurez y puede evocar como memoria la recreación de los momentos que iluminaron poderosamente su alma.» Y sólo en la esperanza puede el hombre encaminarse hacia un ulterior crecimiento personal mientras tenga tiempo y razón. La libertad y la voluntad

de penetrar en el fondo de lo real es en el hombre una inextinguible necesidad que puede saltar por encima de su fragilidad.

Lamentablemente, cuando los médicos nos relacionamos con pacientes en situación delicada, a menudo vemos actitudes de negación, o de resignación (como actitud pasiva que renuncia al enfrentamiento con los sentimientos propios), e incluso de rebeldía, que trata por todos los medios, e infructuosamente, de reducir o de cambiar la realidad. El hombre a menudo está tan afeerrado a la vida, a la común existencia hedonista, que no puede ni quiere aceptar lo desagradable que algunas veces le ocurre. Exige una solución que nadie le puede dar en ciertos momentos.

Por esto es tan importante que las personas se dirijan hacia su final histórico con una previa solidez en la razón de su vida, en su *razón vital*, que diría Ortega. Es esta la guía que anuncia que solamente una correcta —por más humana— aproximación a la realidad, como anuncio de la verdad, que es lo que construye al hombre. La negación de que pueda existir una verdad en la que se confíe nos introduce en el nihilismo en el cual el ser humano fundamenta su ser en la nada. Es mejor estar precavidos con esta actitud porque destruye todo el fundamento de la esperanza.

Cuando nos aproximamos al culmen de nuestro tiempo es conveniente tener un cierto sentido de la vida, que no sea entonces el momento en que debamos fortificar nuestro interior humano. Afrontar la perspectiva del final de la vida desde el escepticismo o el fundamentalismo no tiene valor porque llevan a una falta de entendimiento de lo que está ocurriendo, reduciendo al hombre y a su humanidad. El escepticismo no tiene, por principio, certeza alguna, y el fundamentalismo da por resueltos los condi-

cionantes de la vida sin que la libertad del hombre pueda afrontar y modificar su actitud sobre lo que a él mismo le está pasando. Estos modos conducen a un sentimiento de tan radical incertidumbre e impotencia que aumenta el sufrimiento por encima de lo que la realidad impone, abriendo el camino a la depresión inhibida y nihilista; y esto, además, empuja a desear la muerte como solución ante una vida inútil que no tiene sentido. Ante la falta de sentido todo parece lícito. Si algo no tiene sentido es lógico eliminarlo. Por eso en esta situación surgen actitudes liberales de eugenesia, eutanasia y suicidios, asistidos o no asistidos.

A lo largo de este libro nos vamos a ocupar del hombre y de su vida cuando es más frágil, cuando su libertad puede jugar un mayor papel y allí donde la dignidad puede ponerse en jaque por las circunstancias que amenazan su vida. Conocemos nuestro modo propio de vivir en este siglo XXI, la forma de afrontar la existencia por la generalidad de la sociedad, y podríamos convenir que, al menos en occidente, se han disuelto las verdades y los valores a los que antaño se sujetaban los hombres para dar un sentido a su vida. Sin embargo, al mismo tiempo se ha producido un progreso social muy llamativo, con el disfrute de un bienestar común gracias al desarrollo de técnicas que nos aportan comodidades nunca vistas y opciones vitales inéditas. El hombre no sabe ya vivir por sí mismo, se agrupa no únicamente para la organización social, sino también para poder disfrutar de esas opciones. Entre ellas confía en la tecnología médica, en los métodos nuevos de diagnóstico y tratamiento. El conocimiento sanitario de la población facilita que cada cual tome sus propias decisiones en torno a su enfermedad, y el paternalismo médico de confianza ciega del pasado ha cedido el paso a la capacitación y a la autonomía del paciente. Los mé-

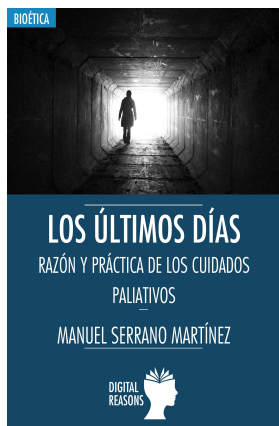
dicos estamos sujetos a la evaluación continua de nuestras competencias, lo cual hace que la medicina avance más aún. El mundo de la medicina, si había sido de gran prestigio en el pasado, ahora es sumamente atractivo para los jóvenes que desean penetrar en el apasionante mundo del dominio técnico relativo a la salud. Cuando mi generación comenzó a practicar la medicina hospitalaria, en pleno desarrollo entonces, aún no se disponía siquiera del diagnóstico por ultrasonidos ni se podía confiar apenas en el diagnóstico genético. La tecnología se ha hecho con el dominio y los médicos de ciertas especialidades son ahora científicos expertos en determinados métodos. Las noticias y la temática de los *mass media* —prensa, radio, televisión, cinematografía— que versan sobre medicina atraen público y lectores y, en cierto modo, amplían las expectativas que la sociedad vierte sobre las técnicas médicas de diagnóstico y tratamiento. El peligro entonces, según lo vemos algunos, está en que la esperanza de curación se ha convertido en segura expectativa de éxito y, por lo tanto, siendo esta expectativa dependiente de la nueva diosa —la técnica—, no se admite el fracaso. ¿No ha hecho el hombre hazañas tecnológicas espaciales impensables hace unas décadas, e incluso increíbles para personas de las generaciones más añosas? ¿Cómo es posible que se fracase en algo aparentemente tan seguro como una intervención robótica en el quirófano? ¿Cómo puede haber enfermedades sin tratamiento conocido? No se entiende, y hay frecuentemente una rebelión ante la pérdida de expectativa de curación. Y entonces llegamos a una vida desesperanzada, con la seguridad de que mañana será peor que hoy, y nos negamos a permitir que la persona siga viviendo en unas condiciones que no tienen posibilidades de revertirse. Se llega a la seguridad íntima de que la persona enferma pierde así su dignidad.

La libertad y la dignidad, como casi todo hoy, adquieren un tono utilitario, manejable. Puedo usar mi libertad para elegir morir con la idea arraigada de que vivir enfermo o anciano no tiene sentido alguno; allí la vida ha perdido ya su motivo de ser, porque su fin se considera el disfrute y el esfuerzo vital, pero siempre con la seguridad de vencer; el fracaso nos sume en una depresión como reacción ante la impotencia. Y la dignidad se confunde con el bienestar como ausencia de dolor. Pero hablaremos aquí también del sufrimiento y dolor humanos.

Hay lemas sociales que son culpables de la desorientación de la ciudadanía porque no han sido bien enunciados. Por ejemplo, cuando en Alma Ata en 1978 se proclamó el deseo de la Conferencia Internacional sobre Atención Primaria de Salud con el lema de “Salud para todos en el año 2000”, y en el artículo I de la declaración se asegura que la salud es un “derecho humano fundamental”, confunde la salud percibida como el “estado de completo bienestar físico, mental y social”, con las seguras soluciones exigidas como derecho que desde la red sanitaria pueden darse a los trastornos de salud personal.

Procuraremos entender la vida en su justo valor, liberada del control informático y técnico, que se encamina hacia la muerte, a veces a través de acontecimientos penosos, que requieren cuidados especiales y continuos para preservar lo más genuino de la persona, y para tratar de mantener su capacidad de sentir, aún en esas circunstancias, la riqueza de toda una vida, el crecimiento personal adquirido, a veces con dureza, a lo largo de toda la existencia, como la razón última de toda una vida que llega a su culmen.

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer la introducción y el capítulo «La vida» de *Los últimos días. Razón y práctica de los cuidados paliativos*, de Manuel Serrano Martínez. El libro completo, en siete capítulos, parte de una reflexión sobre la vida y el ser humano para llegar a los cuidados en la enfermedad avanzada y al modo de afrontar la muerte.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/los-ultimos-dias-razon-y-practica-de-los-cuidados-paliativos

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **La vida y el hombre.** La vida, la dignidad y la libertad de la persona: el fundamento de los cuidados al final de la vida.
- **La experiencia del mal.** Una reflexión sobre el dolor y el sufrimiento.
- **Bioética, suicidio asistido y eutanasia.** Los conceptos de bioética, el suicidio asistido y la eutanasia desde la ética y el derecho.
- **Cuidados y final de la vida.** Los cuidados en la vejez y en la enfermedad terminal, y cómo afrontar la muerte.

De la razón a la práctica: del fundamento antropológico a los cuidados paliativos.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-120888-0-9



Escanee para comprar